

maltratada España, ya que no temida en Flandes ni respetada en Trento, á lo menos cristiana y española en la ciencia como en la vida. No pretendo yo (¿ni quién tal pretendiera?) restaurar la variada trama de ideas y opiniones, á veces opuestas y aun contradictorias, que desde Séneca hasta Balmes, y aun más acá, constituyen lo que llamamos filosofía española. Quiero sólo que renazca el espíritu nacional á que Llorens se refería, ese espíritu que vive y palpita en el fondo de todos nuestros sistemas, y les da cierto aire de parentesco, y traba y enlaza hasta á los más discordes y opuestos.

Adiós, mi Sr. D. Juan; harto he molestado á V. con las inauditas prolijidades de esta carta. Téngala por recuerdo de su apasionado amigo.



## VI.

## LA PATRIA DE RAIMUNDO SABUNDE.

*Un inconnu célèbre. Recherches historiques et critiques sur Raymond de Sebonde, par l'Abbé D. Reulet: Paris, V. Palmé; 1875, 324 pp.*

## I.

El mes ha en el *Polybiblion* (revista bibliográfica católica) un articulito ó *compte-rendu*, en que por incidencia, y cual de cosa sabida y notoria, se hablaba de la patria *provenzal* de R. Sabunde, con referencia á una monografía del abate Reulet, autor de este descubrimiento. Causóme no poco pesar la nueva; pues, admirando como admiro al autor del *Liber creaturarum*, no podía yo llevar con paciencia que se nos despojase de esta gloria filosófica, haciendo *tolosano* al que por *catalán* tuvieron y juzgaron todos los doctos, desde el abad Trithemio acá. Pero como tengo natural propensión á creer todas las malas no-

ticias, di asenso, con ligereza sobrada (lo confieso), á la indicación del *Polybiblion*, y aun la repetí en dos pobres ensayos míos, por creer entonces oportuno no hacer hincapié en títulos dudosos ó controvertibles, sino en los ciertos y averiguados de nuestra ciencia. Después he tenido ocasión de leer la memoria del abate Reulet; y visto que no prueba lo que intenta, ni por asomos, me creo en la obligación de hacer entera penitencia de mi pecado. No es otro el fin ni otra la causa de haberse escrito estas líneas.

A ninguno de mis escasos lectores parecerá nuevo ni peregrino el nombre de Sabunde. Por grande que sea el olvido en que yacen los monumentos de nuestro pasado científico, no quiero ni debo suponer que este olvido se extienda á la *Teología Natural*. El atrevido propósito de su autor, aunque los méritos de la ejecución no correspondieran, bastaría para librar de la obscuridad su nombre. En el último y decadente período de la escolástica, cuyo imperio se dividían místicos y nominalistas, apareció en Tolosa un profesor barcelonés, que, sin pertenecer á ninguna de las banderías militantes, ni ajustarse al método y forma universalmente adoptados en las aulas, antes puesta la mira en la reforma del método y de toda enseñanza, como si obedeciera á la poderosa voz del Renacimiento que comenzaba á enseñorearse del arte, concibió la traza de un libro único, no fundado en autoridades divinas ni humanas, que, sin alegar textos de ningún doctor, llevase á la inteligencia de

todos; libro fundado en la observación y en la experiencia, y sobre todo en la experiencia de cada cual dentro de sí mismo. «*Nulla autem certior cognitio quam per experientiam, et maxime per experientiam cujuslibet intra seipsum.*» Trazó, pues, una *Teología Natural*, en que la razón fuese demostrando y leyendo, cual si escritos estuviesen en el gran libro de las criaturas, todos los dogmas de la religión cristiana. El plan era audaz y no libre de peligros, que á las veces evitó mal Sabunde; pero la concepción misma es indicio claro de su vigorosísimo entendimiento. Al desarrollarla mostróse potente en la argumentación, abundante en los recursos, y hasta inspirado y facundo á veces en el estilo, libre á la continua de arideces escolásticas.

El libro había nacido en tiempo y sazón convenientes, y su éxito fué brillante, aunque más bien fuera que dentro de las escuelas. Difundido en abundantes copias por Francia, Italia y Alemania, llegó á ser estampado por los tórculos de Deventer en 1484 (si es que no existe edición anterior, como algunos sospechan), y entre los últimos años del siglo xv y todo el xvi aparecieron más de doce ediciones del primitivo texto, sin que fuera obstáculo la prohibición que del *Prólogo* de Sabunde hizo el Concilio de Trento. Suprimiósese el prólogo, y la obra siguió imprimiéndose sin otra mudanza. Y como su extensión y lo incorrecto de su latín retrajesen á muchos de su lectura, acudieron dos elegantes humanistas, admiradores de Sabunde, Pedro

Dorland y Juan Amós Comenio, con sendos extractos rotulados *Viola animae* y *Oculus fidei*. Y por si algo faltaba á la mayor difusión y renombre de la doctrina de Raimundo, un caballero gascón, antítesis viva del piadoso catedrático del siglo xv, se entretuvo en verter la *Teología Natural* en encantadora prosa francesa, que aquel escéptico caballero hablaba y escribía como pocos ó ninguno la han vuelto á escribir y hablar. No satisfecho con esto, tomó pie del libro de Sabunde para su más extenso y curioso ensayo, que con título de *Apología* (aunque de todo tiene menos de esto) anda desde entonces en manos de todos los aficionados á ingeniosas filosofías y á desenfados de estilo.

El *Liber creaturarum*, que por tales caminos había llegado á la cumbre de la celebridad, mantúvose desde entonces en estimación honrosa, y, si no muy leído, continuó siendo muy citado, á veces con oportunidad escasa. De la patria del autor nadie dudaba, hasta que el abate Reulet publicó su paradoja intitulada, como dicho queda, *Un célèbre desconocido*. Veamos si hace fuerza su alegato.

## II.

Aunque el escrito de que voy á hablar no tiene más de 316 páginas en dozavo, fácilmente pudiera reducirse á menor volumen, con sólo suprimir algunas de las infinitas amplificaciones y redundancias en que se complace su autor. Es

el estilo del abate Reulet elegante, pero desleído y falto de nervio, abundando además en ornamentos y amenidades de dudoso gusto. Pero no conviene hacer hincapié en los defectos de un libro que tiene partes recomendables, y demuestra haber sido trabajado con *amore* é interés hacia el asunto. Divídese en dos secciones, concernientes, la primera á Sabunde, la segunda á su libro.

En la Biblioteca de Tolosa se guarda un precioso códice del *Liber creaturarum*. Por la descripción del abate Reulet vemos que el tal manuscrito es un volumen de 280 hojas, en 4.º, con profusión de adornos y miniaturas. Los títulos de los capítulos están en letra colorada, y en la foliatura síguese la numeración romana. La inscripción final dice á la letra:

«*Et sic explicit Liber Creaturarum (seu Naturae) seu Liber de Homine... inchoatus et inceptus in alma universitate venerabilis studii Tholosani, anno Domini millesimo quadringentesimo tricesimo quarto et completus et terminatus in eadem universitate anno 1436 in mense Februarii, undecima die, quae fuit dies sabbati*», etc.

La importancia de este documento salta á la vista. Hasta hoy ignorábamos la fecha precisa en que fué escrito el *Libro de las Criaturas*. Constantos hoy que se empezó en 1434, y que su autor le puso término en el mes de Febrero de 1436. Pero aun no ha acabado la nota final del códice tolosano.

«*Hic liber est Berengarii Operarii, auctoritate*

*regis notarii, Tholosae habitatoris, extractus a consimili copia magistri Alrici de Rupe, etiam notarii ibidem: et correctus per ambos jam dictos notarios subscriptos cum originali libro manu reverendi magistri Ramundi Sibiude (sic) in sacra pagina, in artibus et in medicina magistri... finitus corrigi die mercurii Cinerum, XIII mensis Februarii, anno ab incarnatione D. mill. quadringentesimo tricesimo sexto. Cujus quidem compilatoris vita functi penultima Aprilis eodem anno», etc.*

Otra revelación inesperada. Raimundo Sabunde murió en Abril de 1436, dos meses después de haber dado cima á su *Teologia Natural*. La contradicción aparente entre las fechas del libro y de la copia ha sido discretamente salvada por el abate Reulet, mediante la diferencia entre el cómputo eclesiástico que Sabunde, como profesor, debió seguir, y el vulgar que forzosamente adoptaban los notarios. Estos debieron de acabar la confrontación de su copia en 13 de Febrero de 1437. La autoridad de semejante traslado, que para nosotros hace veces de original, no puede ser más decisiva, y merece bien de las letras el abate Reulet por este su único descubrimiento, aunque, entusiasmado con él, ha querido darle más valor del que realmente tiene, y convertirle en arma para su antiespañola pretensión. Veamos cómo.

La primera dificultad que acerca de Sabunde se ofrece, es su nombre, que ha sido escrito de todas estas maneras: *Sebeide, Sabunde, Sebundius, Sabundanus, Sebundus, Sebon, St.-Sebeide,*

y en cinco ó seis formas más. La más antigua y autorizada parece la de los notarios tolosanos, que escriben *Sibiude*. No me parece de grande importancia tal cuestión, aunque Reulet la discute en forma y largamente, explicando á su manera los cambios y trastrueques que en el nombre de Raimundo hicieron copistas y editores, guiados generalmente por razones eufónicas. Pero conviene advertir que en España nunca hemos llamado al filósofo catalán *Sabeydem* ni *Sant-Sebeide*, por más que nos cuelgue este milagro su biógrafo y añada que tan exóticos nombres se ajustan á las conveniencias de nuestra lengua. *Sabunde* ó *Sebunde* se ha escrito siempre del lado acá del Pirineo, y á nada conducen los rasgos de *Sprit* que con esta ocasión se permite el clérigo francés.

Llegamos al nudo de la cuestión, al capítulo de la *patria*. El abad Trithemio, que en 1494 publicó su *Catálogo de escritores eclesiásticos*, afirma en él que Sabunde era *natione Hispanus*. Sinforiano Champier, en los primeros años del siglo xvi, lo repite. Montaigne hace correr *de gente en gente* la misma aserción. El docto Maussac, en los prolegómenos al *Pugio Fidei* de Fr. Ramón Martí, impreso en 1651, adelanta más: llama á Sabunde *natural de Barcelona* y profesor en Tolosa. Desde entonces todos los críticos é historiadores de la filosofía han repetido estos datos.

El abate Reulet se levanta á contradecirlos, y con toda la jactancia francesa (aquí de bastante mal gusto) anuncia que *las pretensiones del Ebro*

van á sucumbir ante los derechos del Garona. ¿Y qué derechos son esos? ¿Ha parecido la partida de bautismo de Sabunde? ¿Se ha encontrado la indicación de su patria en algún registro de la Universidad de Tolosa? ¿Hay el más insignificante documento que disculpe tales fanfarronadas? No hay más que la rotunda afirmación del abate Reulet, escritor de 1875, contra el testimonio del abad Trithemio en 1498, cuando aún debían de vivir gentes que conocieron á Sabunde.

¿Y cómo ha querido invalidar semejante prueba el apologista de la causa francesa? Fantaseando con escasa formalidad crítica un cuadro de novela, en que el abad Trithemio aparece en su celda hojeando el *Libro de las Criaturas*, para redactar el artículo concerniente á Sabunde, á quien llamó *español*, ¿á que no saben mis lectores por qué? ¡Porque en un manuscrito citado en una Historia del Languedoc se habla de un *magister Hispanus*, médico del conde Raimundo de Tolosa, en 1242! Y, ¡ya se ve!, el pobre Trithemio tomó el rábano por las hojas, confundiendo á un filósofo del siglo xv con un médico obscuro del xiii, del cual hay noticia en un manuscrito. ¿Y qué prueba tenemos de que Trithemio hubiera visto semejante manuscrito? Y suponiendo que le viera, ¿por qué hemos de suponerle capaz de un yerro tan enorme é inexplicable? ¿Puede llamarse á este modo de razonar *procedimiento crítico*?

Que Trithemio, aunque laborioso y muy erudito, era á veces ligero. Está bien; pero ¿quién

prueba que lo haya sido en este caso? En reglas de crítica, y tratándose de un autor del siglo xv, la palabra de los contemporáneos ó inmediatamente posteriores vale y hace fuerza, mientras no haya datos en contrario.

Tampoco los hay para destruir la afirmación de Maussac respecto á la patria *barcelonesa* de Sabunde. Maussac sabía demasiado para confundir á Sabunde con San Raimundo de Peñafort. Anchas tragaderas debe de tener el que consienta en atribuir tal desatino al ilustrador del *Pugio Fidei*. Por lo demás, es cómodo, ya que no muy ingenioso, este medio de explicarlo todo y desembarazarse de las dificultades. ¿Quién ha dicho á Reulet que Maussac no tuvo datos ó documentos, que hoy desconocemos, para poner en Barcelona, y no en otra ciudad de España, la cuna de Sabunde? ¿Los ha presentado él buenos ni malos para hacer á su héroe hijo de Tolosa? ¿No confiesa que todos los analistas tolosanos guardan acerca de él alto silencio, y que la tradición local asimismo calla?

Pruebas de hecho no alega ninguna el abogado de Francia; conjeturas, una sola, que le parece fortísima, pero que es débil y deleznable, por descansar en un falso supuesto: la *lengua*. Dista mucho, en verdad, de ser clásico el latín del *Libro de las Criaturas*; pero muy de ligero ha procedido Reulet al asentar que *está lleno de galicismos*. Razón tiene cuando estima por de ningún valor el texto de Montaigne: «*Ce livre est basti d'un espagnol baragouiné en terminaisons lati-*

nes», si por *español* se entiende el *castellano*; pero tal interpretación sería aquí absurda. ¿Cómo se le ha de ocurrir á nadie que Sabunde, *catalán* del siglo xv, hablase *castellano*? ¿No es esto olvidar del todo la historia literaria de la Península?

Dicenos el abate Reulet que él sabe el *español* (*sic*), y que no ha encontrado *castellanismos* en la *Teología Natural*. ¿Y cómo los había de encontrar, si Sabunde fué *barcelonés*? ¿Ignora el respetable clérigo que los *barceloneses*, lo mismo ahora que en el siglo xv, no tienen por lengua materna el *castellano*, sino el *catalán*, es decir, una *lengua de oc*, hermana del provenzal, hermana de la lengua de Tolosa, donde se escribió el *Libro de las Criaturas*, en un latín bastante malo, que abunda en *catalanismos* por ser catalán el autor; y en *provenzalismos* porque había residido mucho tiempo en Tolosa, y en repeticiones y desaliños y redundancias como todos los libros de profesores no literatos, y más en el siglo xv?

Déjese, pues, el abate Reulet de traer á cuento la *lengua española*, frase malsonante y rara vez oída de nuestros clásicos, que se preciaron siempre de escribir en *castellano*. Tan *española* es la lengua *catalana* como la *castellana* ó la *portuguesa*. Lo que conviene averiguar es si son realmente *galicismos* las frases de Sabunde que con dudosa exactitud filológica apellida así el crítico, sin distinguir tampoco el francés del Norte del del Mediodía.

¿Por qué han de ser francesas y no catalanas,

ó castellanas, ó italianas, ó de cualquiera otra lengua romance, expresiones tan sencillas como estas: *Volo quod omnes dicant bonum de me; Hoc est clavis et secretum totius cognitionis?* ¿No son *españolas* de buena ley estas otras: *Quiero que todos digan bien de mí. Esta es la llave y el secreto de todo conocimiento?* ¿No se puede y debe decir en catalán: *Aquesta es la clau de tot coneixement*, y en toscano: *Questa è la chiave ed il segreto*, etc.? ¿Estará el galicismo en el uso frecuente de la partícula *quod* por *ut*? Pero ¿quién no sabe que este es resabio general de la escolástica? En otro caso habría que declarar *francés* al mismo Santo Tomás de Aquino.

De este tenor son casi todas las pruebas alegadas por Reulet; algunas hasta contraproducentes. El *necesse est quod in homine*, etc., sigue mejor el giro castellano. *Necesario es que en el hombre haya algo que siempre dure*, que el de la francesa *Il est necessaire*. El despreciativo *de ipso nullum computum facimus* es provenzalismo ó italianismo, pero no buen francés del Norte, aunque haya pasado al lenguaje familiar. La repetición de los pronombres personales, sobre todo del *nos*, aunque contraria á la índole suelta y generosa de las lenguas peninsulares, está en los hábitos académicos y profesoriales: *nosotros dijimos, nosotros creemos*.

En las *palabras* que como francesas cita, anda aún más desacertado el abate Reulet. *Branca* es traducción del catalán *branca*, y no del francés *branche*, como *bladum* lo es de *blé* (trigo). ¿Y

no es algo inocente poner como galicismos las expresiones *unus cattus* (un gato), *omnes culpabiles* (todos los culpables), *addiscere ad legendum* (aprender á leer)?

Argumento que prueba demasiado, nada prueba. Sabunde, como todos los malos latinos, tendía á la construcción *directa* y atada, con poco ó ningún hipérbaton, por oraciones de *sum, es, fui* y *primeras de activa*. Esto es lo que su biógrafo llama construcción *francesa*, cuando realmente es el modo de decir propio de todo el que escribe con dificultad una lengua, atento sólo á la claridad y enlace lógico de las ideas.

Con todos estos poderosísimos argumentos mezcla el buen clérigo sabrosas burlas á propósito del *énfasis castellano*, que nos hace llamar *bataallas* á todas las *escaramuzas* (v. gr.: la *escaramuza* de Pavía, la de San Quintín, la de Bailén, las de Zaragoza, etc.). Con todo lo cual, si su tesis no gana mucho, á lo menos el autor logrará fama de hombre de *sprit ó de chispa*, como decimos por acá. Dios le dé buena manderecha, y mejor gusto y novedad en sus *gracias*.

De todo lo expuesto se deduce que el abate Reulet no ha alegado razón chica ni grande que invalide la autoridad de Trithemio. Seguimos, pues, contando á Sabunde en el número de nuestros filósofos. Los documentos, sólo con documentos, no con vanas conjeturas, se destruyen.

## III.

Si en la primera parte de este artículo no he podido menos de decir mucho mal de la memoria de Reulet, depárame en cambio grata tarea el retazo de su libro en que expone y juzga las producciones de Sabunde: y digo mal las producciones, puesto que una sola salió de su pluma, ó á lo menos una sola nos queda, conforme demuestra con buenas razones nuestro abate. La *Viola animae*, compendio del *Liber creaturarum*, en seis diálogos de elegante latín y sabroso estilo, es obra del brabanzón Pedro Dorland, y así lo indican los versos laudatorios que, á usanza del tiempo, acompañan á la *Violeta* en la impresión de Milán de 1517. Y fuera de la diferencia de estilo entre este libro y el *de las Criaturas*, acaban de persuadirnos de la verdad los elogios que el compendiador hace de Sabunde, y que en boca de éste fueran impropios y desmesurados. En la *Violeta*, pues (que en 1616 fué trasladada al castellano por Fr. Antonio de Ares con rótulo de *Diálogos de la naturaleza del hombre*), lo que á Sabunde pertenece no es la forma, sino la doctrina: lo propio acontece con el *Oculus fidei*, compendio más árido y menos feliz, que en 1661 estampó en Amsterdam el sociniano Juan Amós Comenio. Sólo por un inexplicable yerro de José Escalígero ha podido atribuirse á Sabunde el *Pugio fidei* del insigne orientalista catalán Fr. Ramón Martí, obra de

erudición rabínica maravillosa, cuando del autor de la *Teología Natural* ni siquiera consta (y puede muy bien dudarse) que supiera hebreo. El único escrito de Sabunde, aparte de su obra magna, fueron, pues, las *Quaestiones Controversae* citadas por Trithemio, sin que de ellas quede otra memoria. Tampoco es imposible que hubiese compuesto *Quodlibetos*, como Josias Simler y Possevino afirman.

Limpio ya de malezas el terreno, procedía estudiar el *Libro de las Criaturas*, primero por el lado bibliográfico, y luego al modo crítico. Halo intentado no sin fortuna el erudito francés, aunque la parte bibliográfica peque de ligera y sucinta, mucho más si la cotejamos con el excelente estudio que en la *Revista de Instrucción pública* (año 1857) estampó el modesto y malogrado bibliotecario de Oviedo, Sr. Suárez Bárcena. Las ediciones citadas (aunque sin descripción bibliológica) por Reulet llegan á diez y seis, ó, mejor dicho, á quince, pues la existencia de la primera de Deventer, 1480, es muy incierta, y sólo se afirma por una referencia del *Lexicon* de Ebert, quien acaso la confundió con otra hecha en la misma ciudad en 1484. Lo mismo las ediciones incunables que las impresas en la primera mitad del siglo xvi, insertan el prólogo, y son, por ende, las más apreciables. Ni Reulet indica ni yo he podido averiguar la fecha de la más antigua de las expurgadas; pero el prólogo falta ya en la de Venecia, 1581, que poseo. Todos los textos impresos, incluso el

moderno de Solsbach (1852), adolecen de alteraciones y faltas (no siempre tan substanciales como Reulet imagina), cotejados con los códices del siglo xv (en la Biblioteca Nacional de París hay tres), y especialmente con el de Tolosa. Urge, pues, una reimpresión esmerada y completa del *Liber creaturarum*, y á los españoles nos toca hacerla. Mengua sería que mientras los libros de jineta y de caza salen del polvo, permanecieran en él los más gloriosos testimonios de nuestra intelectual cultura. Todavía no anda en castellano la *Teología Natural*, que Montaigne en el siglo xvi tradujo al francés y puso sobre su cabeza. Sabunde, entre nosotros, es principalmente conocido por los *Diálogos* de Fr. Antonio de Ares (libro muy raro) y por la versión de un *rifacimento* italiano, vulgarizada pocos años ha en la *Librería Religiosa*.

En ocasión más oportuna hablaremos de Sabunde considerado como filósofo.

